

CAPÍTULO V

## *Soria (1907-1912)*

Hay indicios de que Machado regresó a Soria durante el verano de 1907, quizás con el propósito de irse familiarizando con la ciudad y su entorno antes de que empezara el curso aquel otoño. O con una finalidad literaria. Su primera visita en mayo le había inspirado un magnífico poema. Acaso le solicitaron otros versos de semejante índole y sintió la necesidad de ahondar enseguida sus impresiones. La posibilidad de tal retorno sólo se vislumbró en 2005 al reproducirse fotográficamente los borradores del poeta conservados en Burgos. Entre ellos hay una versión manuscrita a tinta, fechada «Soria, Cerro de Santa Ana, 6 Julio 1907», del poema que figura en *Campos de Castilla* con el título de «A orillas del Duero» (XCVIII). También un recorte de otro, «Por tierras del Duero», luego rebautizado «Por tierras de España» (XCIX), al pie del cual el poeta ha añadido, asimismo a tinta, «Cidones 4 de Agosto 1907» (se trata de un pueblo situado a dieciséis kilómetros de Soria, en la carretera de Burgos, con una venta famosa). Si tales indicaciones manuscritas no están equivocadas, y si deshacemos la hipótesis de dos visitas *independientes* a Soria entre julio y agosto, no parece descabellado deducir que el poeta pasó por lo menos un mes de aquel verano en la ciudad.<sup>1</sup>

Fijémonos en «A orillas del Duero». Santa Ana —o Santana— es la recia y pedregosa montaña (hoy afeada por desmesuradas antenas de televisión) que se yergue, tachonada de encinas, al sureste de Soria en la ribera izquierda del Duero, con los pies hundidos en la corriente. Mirando hacia el norte desde su cumbre, a 1.266 metros sobre el nivel del mar, es impresionante el panorama de la altimeseta numantina (con prismáticos se puede localizar el obelisco de la colina que cobija las ruinas de la afamada fortaleza celtibérica), así como de la ciudad, allí abajo, con su hermoso puente sobre el río bor-

deado de chopos y álamos. En días claros cierra el horizonte al noroeste la imponente Sierra de Urbión, donde nace el Duero, y al este, hacia Aragón, la mole azul del Moncayo (tan querido de Gustavo Adolfo Bécquer). También se destacan con nitidez los parques eólicos que coronan los puertos de Piqueras y Oncala, guardadores del paso a La Rioja, que la nieve hace a menudo difíciles (antaño intransitables) en invierno. Más cerca, dominando la carretera de Soria a Burgos, se levanta la pared rocosa de Pico Frentes, la montaña más llamativa de los alrededores inmediatos de la ciudad. Si en primavera la estepa se convierte, durante unas breves semanas, en un paraíso de flores, hojas nuevas, verdes trigales y praderas, el sol inmisericorde del verano castellano se encarga de conferirle un aspecto de tierra quemada, mitigada, eso sí, por las reforestaciones de robles y pinos. No es extraño que el poeta, ante tan esplendoroso paisaje, que veinte años después definirá como «mineral, planetario, telúrico»,<sup>2</sup> quisiera captar o elaborar luego en un denso poema algo de lo visto y pensado aquella tarde de canícula. Y de hacerlo recurriendo al alejandrino, tan idóneo para una meditación pausada.

Podemos estar seguros de que el mencionado manuscrito del poema —el único que se conoce— no es ni mucho menos el más antiguo del mismo (por la ausencia, entre otras razones, de las enmarañadas tachaduras y enmiendas que caracterizan los borradores machadianos). Lo encabeza la rúbrica general «Campos de Castilla», recalcada con tinta oscura, inmediatamente debajo de la cual se ha insertado un «I» romano. Con ello el poeta indicaba, por lo que parece, que se trataba de la primera composición de un libro en preparación así titulado o, cuando menos, de una secuencia de poemas con dicho nombre.

En febrero de 1910 la siguiente versión del poema (luego modificada) apareció en *La Lectura*:

## CAMPOS DE CASTILLA

### I

Mediaba el mes de Junio\*. Era un hermoso día.  
Yo, solo, entre las quiebras del pedregal subía  
buscando los recodos de sombra lentamente.

---

(\*) Parece leerse «Junio» también en el borrador de Burgos. Pero en *Campos de Castilla* (1912) y *Poesías completas* se lee «Julio».

A trechos me paraba para enjugar mi frente  
y dar algún respiro al pecho jadeante, 5  
o bien, ahincando el paso, el cuerpo hacia adelante  
y hacia la mano diestra vencido, y apoyado  
en un bastón a guisa de pastoril cayado,  
trepaba por los cerros que habitan las rapaces  
aves de altura, hollando las hierbas montaraces 10  
de fuerte olor —tomillo, romero, salvia, espliego—.  
Sobre los anchos campos caía un sol de fuego.

\*

\*\*

Un buitre de anchas alas cruzaba en su alto vuelo  
majestuosamente el puro azul del cielo.

\*

\*\*

Yo divisaba lejos un monte alto y agudo, 15  
y una redonda loma cual recamado escudo,  
y cárdenos alcores sobre la parda tierra  
—harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra—.

Veía el horizonte cerrado por colinas  
obscuras, coronadas de robles y de encinas, 20  
desnudos peñascales, algún humilde prado  
donde el merino pace y el toro arrodillado  
sobre la hierba rumia; las márgenes del río  
lucir sus verdes álamos al claro sol de estío,  
y silenciosamente lejanos pasajeros, 25  
¡tan diminutos! —carros, jinetes y arrieros—,  
cruzar el largo puente y bajo las arcadas  
de piedra ensombrecerse las aguas plateadas  
del río.

\*

\*\*

El Duero cruza el corazón de roble  
de Iberia y de Castilla.

\*

\* \*

Oh, suelo triste y noble, 30  
el de los anchos llanos y yermos y roquedas;  
de campos sin arados, regatos ni arboledas;  
decrépitas ciudades, caminos sin mesones;  
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones  
que aun van, abandonando el mortecino hogar, 35  
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

\*

\* \*

Castilla miserable, ayer dominadora,  
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.  
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada  
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada? 40  
Todo se mueve, fluye, discurre, corre, o gira,  
cambian la mar y el monte y el ojo que los mira...  
¿Pasó? Sobre sus campos aun el fantasma yerra  
de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.

\*

\* \*

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes 45  
madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.  
Castilla no es aquella tan generosa un día  
cuando myo Cid Rodrigo el de Bivar volvía  
ufano de su nueva fortuna y su opulencia  
a regalar a Alfonso los huertos de Valencia, 50  
o que tras la aventura que acreditó sus bríos  
pedía la conquista de los inmensos ríos  
indianos a la Corte; la madre de soldados,  
pilotos y adalides al regresar cargados  
de plata y oro a España en fuertes galeones, 55  
para la presa cuervos, para la lid leones.

Filósofos nutridos de sopa de convento  
 contemplan impasibles el amplio firmamento,  
 y si les llega en sueños como un rumor distante  
 clamor de mercaderes de muelles de levante, 60  
 no acudirán siquiera a preguntar ¿qué pasa?  
 Y ya la guerra ha abierto las puertas de la casa.  
 Castilla miserable, ayer dominadora,  
 envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.

\*

\* \*

El sol va declinando. De la ciudad lejana 65  
 me llega un armonioso tañido de campana.  
 —Ya irán a su rosario las enlutadas viejas—.  
 De entre las peñas salen dos lindas comadreas;  
 me miran y se alejan huyendo, y aparecen  
 de nuevo ¡tan curiosas!... Los campos se oscurecen\*. 70  
 Hacia el camino blanco está el mesón abierto  
 al campo ensombrecido y al peñascal desierto. (XCVIII)

En los primeros catorce versos del poema no hay nada que prepare al lector para una filípica contra la decrepitud de la Castilla actual. Estamos ante un paisaje magnífico, inmenso, cuya ave simbólica es el buitre, rey (más que el águila) de los cielos mesetarios. El lenguaje es sencillo, concreto (sólo hay una comparación, la del bastón con un cayado pastoril), y casi palpamos la presencia del abuelo Machado Núñez cuando se anotan, como en un cuadernito, los nombres exactos de las humildes hierbas silvestres pisadas por el poeta en su penosa y sudorosa ascensión a la cumbre de Santa Ana.

En la sección siguiente el lenguaje adquiere densidad metafórica al ir evocando Machado, con inesperadas imágenes bélicas —inesperadas para el lector—, el panorama que percibe desde la cima del cerro. El «monte alto y agudo» —creemos que Pico Frenetes— no suscita ninguna comparación (y, la verdad, bien pudiera). Pero he aquí una loma (acaso la Sierra de Marcos) que recuerda, por

---

\* En el borrador de Burgos —*Burgos I*(2), pág. 561— se lee «Los campos se [entenebrece]n] oscurecen».

su redondez, un «recamado escudo»; y unos «cárdenos alcores sobre la parda tierra» que figuran «harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra». En el borrador de Burgos, después del verso 18, el poeta añade, entre los elementos vistos desde la cumbre:

las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero  
[formando] que traza en torno a Soria el brazo de un arquero.<sup>3</sup>

En la versión definitiva del poema la última imagen encontrará formulación memorable:

las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero  
para formar la corva ballesta de un arquero  
en torno a Soria. —Soria es una barbacana,  
hacia Aragón, que tiene la torre castellana—. (XCVIII)

No es forzoso percibir la alta meseta soriana en términos guerreros. Y hay que deducir que, si Machado lo hace, es porque tiene una visión de la historia española muy de su tiempo, y según la cual, como dirá en un poema posterior, Castilla «hizo a España», lo cual no estaba (ni está) demostrado.<sup>4</sup> Tampoco lo está que, como «pueblo», Castilla «ponía a Dios sobre la guerra». Para Enrique Baltanás, en un párrafo muy incisivo:

No se puede afirmar que Castilla (salvo por licencia poco legítima) fuese ayer dominadora (lo serían, en todo caso, sus soberanos, que lo eran además de Aragón, de Flandes, de las Indias, de parte de Italia, de Portugal... y siempre desde una concepción patrimonial, dinástica y feudal de sus estados), como tampoco que fuese, hacia 1910, ni más, ni menos, miserable que cualquier otra región española, e incluso europea. Las propias regiones o comarcas industrializadas (por entonces, en España, sólo Barcelona y la ría del Nervión) sufrían, por otro lado, su específica miseria proletaria y urbana.<sup>5</sup>

Machado padece el contagio del castellanismo circundante. Por algo a Ortega y Gasset le impresionaron estos versos cuando se publicó *Campos de Castilla*, pues eran afines a sus propias reflexiones al respecto (así como a las de Unamuno). Ortega recomendó a sus lectores que los repasasen dos o tres veces, «sopesando ca-

da palabra», pues para él no sólo evocaban el paisaje «de esta nuestra tierra santa de la vieja Castilla», sino que ponían delante del lector «una realidad más profunda, poética, y sólo poética»:

la tierra de Soria humanizada bajo la especie de un guerrero con casco, escudo, arnés y ballesta, erguido en la barbacana. Esta fuerte imagen subyacente da humana reviviscencia a todo el pasaje y provee de nervios vivaces, de aliento y de personalidad a la pobre realidad inerte de la cárdena y parda gleba. En la materia sensible de colores y formas queda así inyectada la historia de Castilla, sus gestas bravías de fronteriza raza, su angustia económica pasada y actual: y todo ello sin ninguna referencia erudita que nada puede decir a nuestros sentidos.<sup>6</sup>

La nueva dirección que va tomando el poema se confirma cuando, tras el énfasis dado al Duero, incluso tipográficamente, el poeta expresa la tristeza que le provocan el actual decaimiento de Castilla, y la abyección de los que habitan sus campos. Machado es demasiado injusto con los campesinos, pues los «atónitos palurdos sin danzas ni canciones» no carecían, en realidad, como ya había descubierto Menéndez Pidal en 1900, de una tradición de poesía oral.<sup>7</sup> Pero en cuanto a la emigración no se equivoca. Soria, en aquellos momentos, como hemos señalado, es una de las provincias más castigadas por la despoblación... y la sigue siendo.<sup>8</sup>

Ninguno de sus contemporáneos expresó con tanto desconuelo y tanta rabia como Machado la pobreza del campo castellano a principios del siglo XX, y por cuya pronta industrialización hiciera votos Ramiro de Maeztu en 1901.<sup>9</sup> Una vez leídos estos contundentes pareados, con su demoledora definición de la Castilla actual, y su honda reflexión sobre el tiempo que todo lo muda, ¿quién los podría olvidar?:

Castilla miserable, ayer dominadora  
 envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.  
 ¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada  
 recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?  
 Todo se mueve, fluye, discurre, corre, o gira,  
 cambian la mar y el monte y el ojo que los mira...  
 ¿Pasó? Sobre sus campos aún el fantasma yerra  
 de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.

La siguiente sección, la penúltima (vv. 45-64), contiene la meditación central del poema. Cae de lleno dentro de los estereotipos de la historiografía tradicional, con el obligado elogio del Cid, muy a lo Menéndez Pidal, y las referencias de rigor a la llamada «Reconquista». La «aventura» que «acreditó» los «bríos» de aquella Castilla fuerte y emprendedora (según el poema) es, claro, la caída de Granada, último bastión del islam en España, y la conquista de América. ¿No le preocupaba a Machado la desaparición de la mezcla de culturas existente en la España anterior a 1492? En el poema no hay indicio alguno de que haya ponderado la cuestión, ninguna referencia a la destrucción, en el siglo XII, de la Soria musulmana. ¿Admira de verdad Machado la hazaña imperial en América, el rapto de oro y plata que hizo posible el «milagro» español de entonces? ¿O es que, en el fondo, sólo quiere creer que un pueblo capaz de tan arrolladora energía podría cobrar una nueva pujanza? Que tal vez sea esto lo sugiere la confusión sintáctica de parte de su exposición (vv. 51-56), que el poeta tratará en vano de mejorar en la versión del poema publicado en *Campos de Castilla*.

Mucho más felices, de todas maneras, después de la desdeñosa alusión a los filósofos pueblerinos «nutridos de sopa de convento» e indiferentes ante los acontecimientos nacionales del momento (en este caso, a lo que parece, el recrudecimiento de la situación en África), son los versos finales del poema donde, en la mejor manera machadiana, se abre la posibilidad de un futuro más esperanzador. Veámoslos otra vez:

El sol va declinando. De la ciudad lejana  
me llega un armonioso tañido de campana.  
—Ya irán a su rosario las enlutadas viejas—.  
De entre las peñas salen dos lindas comadreas;  
me miran y se alejan huyendo, y aparecen  
de nuevo ¡tan curiosas!... Los campos se obscurecen.  
Hacia el camino blanco está el mesón abierto  
al campo ensombrecido y al peñascal desierto.

Es ya el atardecer, cuando este asombroso paisaje adquiere sus tonalidades más sutiles. Terminada su larga reflexión, el poeta se apresta a bajar a Soria, cuyos rumores se perciben desde la atalaya de Santa Ana. Entre ellos Machado selecciona el tañido que llama a la oración, alusión al poder que sobre el alma española todavía ejerce

una Iglesia cerrada a las nuevas corrientes que mueven el mundo. Y, luego, la sorpresa de las comadreas, cuya vitalidad se subraya al ser rimadas con las «viejas» que se dirigen, enlutadas, al rosario. ¿Aparecerían realmente delante del poeta aquella tarde esos tan lindos como inesperados animalitos? No lo sabemos, pero su función simbólica, de todas maneras, es evidente (con qué maestría ordena Machado sus recursos léxicos y métricos para expresar el inquieto ir y venir de las criaturas). En cuanto al último pareado, ¿no se nos ha dicho antes que la decrepita Castilla carece de mesones? Pues aquí, y no puede ser por azar, hay uno, abierto además, como tendiendo los brazos, «hacia el camino blanco». Y si por ahora no parece tener huéspedes, ¿quién pondrá puertas al futuro? El mañana puede ser mejor.

«A orillas del Duero» tiene momentos de intenso lirismo mezclado con otros plomizos, casi de panfleto castellanista puesto en verso. Acaso su interés estriba, sobre todo, en mostrarnos, mejor que ningún poema suyo de esta etapa, al Machado imbuido de las tesis noventayochistas en pugna con el otro, íntimo, soñador, de las soledades y galerías.

\* \* \*

A comienzos de octubre de 1907 el poeta empieza en Soria su experiencia docente. En el primer curso de Lengua Francesa tiene siete alumnos oficiales, y ocho en el segundo.<sup>10</sup> Su tarea, pues, no es muy onerosa.

En diciembre cierran su pensión Isidoro Martínez Ruiz y Regina Cuevas Acebes. Machado se traslada, con el delineante de Obras Públicas, el profesor Federico Zunón Díaz y el médico Mariano Iñíguez, al establecimiento que dirigen, en la plaza de Teatinos (hoy calle Estudios), la hermana de Regina, Isabel Cuevas, y su marido, Ceferino Izquierdo Caballero, sargento de la Guardia Civil jubilado. La pareja tiene tres hijos: Leonor, de 13 años, Sinforiano, de 10, y la pequeña, Antonia, nacida poco antes.<sup>11</sup>

Machado no había pasado el verano de 1907 preparando únicamente su primer curso en el instituto soriano sino, además, una edición ampliada de *Soledades*, con la supresión de algunos poemas ya considerados por él demasiado «modernistas», la cuidadosa revisión de otros y la incorporación de versos publicados después en la prensa periódica. A finales de octubre adelanta en la madrileña *Revista Latina* una importante secuencia de composiciones recientes que, así

se vería después, venían a cerrar el ciclo de tema onírico iniciado seis años atrás. Se trata otra vez de las silvas tan predilectas de Machado:

## GALERÍAS

### I

En nuestras almas, todo  
por misteriosa mano se gobierna.  
Incomprensibles, mudas,  
nada sabemos de las almas nuestras.  
Las más hondas palabras  
del sabio nos enseñan  
lo que el silbar del viento cuando sopla,  
o el sonar de las aguas cuando ruedan. (LXXXVII, II)

### II

Tal vez la mano, en sueños,  
del sembrador de estrellas  
hizo sonar la música olvidada  
como una nota de la lira inmensa,  
y la ola humilde a nuestros labios vino  
de unas pocas palabras verdaderas. (LXXXVIII)

### III

Y podrás conocerte recordando  
del turbio sueño los borrosos lienzos,  
en ese día triste en que caminas  
con los ojos abiertos.  
De toda la memoria, sólo vale  
el don preclaro de evocar los sueños. (LXXXIX)

### IV

Los árboles conservan  
verdes aún las copas,  
pero del verde mustio  
de las marchitas frondas.

El agua de la fuente,  
sobre la piedra tosca  
y de verdín cubierta  
resbala silenciosa.  
Arrastra el viento algunas  
amarillentas hojas.  
¡El viento de la tarde  
sobre la tierra en sombra! (XC)

V

ACASO...

Como atento no más a mi quimera  
no reparaba en torno mío. Un día  
me sorprendió la fértil primavera  
que en todo el ancho campo sonreía.  
Brotaban verdes hojas  
de las hinchadas yemas del ramaje,  
y flores amarillas, blancas, rojas,  
variaban la mancha del paisaje.  
Y era una lluvia de saetas de oro  
el sol sobre las frentes juveniles,  
del amplio río en el caudal sonoro  
se miraban los álamos gentiles.  
—Tras de tanto camino es la primera  
vez que miro brotar la Primavera,  
dije, y después, declamatoriamente:  
—¡Cuán tarde ya para la dicha mía!  
Y luego, al caminar, como quien siente  
alas de otra ilusión: ¡Y todavía  
yo alcanzaré mi juventud un día! (L)

VI

Húmedo está, bajo el laurel, el banco  
de verdinosa piedra;  
lavó la lluvia, sobre el muro blanco,  
las empolvadas hojas de la hiedra.  
Del viento del otoño el tibio aliento  
los céspedes ondula y la alameda

conversa con el viento...  
 ¡el viento de la tarde en la arboleda!  
 Mientras el sol en el ocaso esplende  
 y los racimos de la vid orea,  
 y el buen burgués en su balcón enciende  
 la estoica pipa en que el tabaco humea,  
 voy recordando versos juveniles...  
 ¿Qué fue de aquel mi corazón sonoro?  
 ¿Será cierto que os vais, sombras gentiles,  
 huyendo entre los árboles de oro?<sup>12</sup> (XCI)

Machado había publicado otras secuencias de poemas bajo el mismo título de «Galerías». Pero el tono es ahora más optimista. El hecho de los sueños le continúa fascinando, y el tercer poemilla expresa su sentir al respecto con admirable concisión y claridad. No parece dudar que, para conocerse, es vital la recuperación de la experiencia onírica. El poema también demuestra, empero, que sigue fiel al deseo, confesado en 1904 a Juan Ramón, y luego a Unamuno, de ir ya soñando, si es posible, con los ojos abiertos.

El tema se prolonga en «Acaso...», poema primaveral deliberadamente opuesto al anterior, teñido de tristeza otoñal. El poeta reconoce que antes, con ojos sólo para su mundo interior, no observaba lo que tenía alrededor, allí fuera. ¿Es demasiado tarde, tras tanto caminar, para despertar? Los últimos —y tan memorables— versos sugieren que no. Se intuye el milagro de un rejuvenecimiento.

La intuición se refuerza en el poema final, situado otra vez en otoño —acaso este mismo otoño de 1907—, donde nos sorprende una alusión a los primeros versos del poeta, tan preñados de angustia erótica. ¿Será cierto que éstos se van perdiendo ahora entre los álamos cuyas hojas de oro se lleva el viento —álamos que hacen pensar en la ribera izquierda del Duero entre San Polo y San Saturio—, dejando paso a la esperanza? La respuesta positiva se sobrentiende: el poeta tiene la sensación de que acaso esté cerca el día en que, por fin, «alcance su juventud». No se equivoca.

\* \* \*

El 15 de noviembre de 1907 el diario republicano *El País*, tan anticlerical como siempre, reproduce en su primera plana un poema,

«Las moscas», con la siguiente indicación: «Esta hermosa composición forma parte del nuevo libro de poesías que con el título de *Soledades. Galerías y Otros Poemas* publicará un día de éstos el genial poeta don Antonio Machado». Poco después el mismo diario alude al «hermoso libro del inspiradísimo Antonio Machado», dando a entender que ya está en la calle.<sup>13</sup>

El libro se titula, exactamente, *Soledades. Galerías. Otros poemas*. Lo publica Gregorio Pueyo, según Pérez Ferrero «el primer editor de los modernistas», que tiene una librería en el número 10 de la calle de Mesonero Romanos muy frecuentada por los jóvenes literatos del momento.<sup>14</sup> El tomo forma parte de la colección «Biblioteca Hispano-Americana», en la cual, también en 1907, edita Pueyo *Alma. Museo. Los cantares* de Manuel Machado, con prólogo de Miguel de Unamuno.<sup>15</sup>

La presentación de *Soledades. Galerías. Otros poemas* no es tan hermosa como la de *Soledades*. Pero es sobria, y, como en otros libros del mismo editor, embellece la contracubierta el logo de la casa diseñado por Juan Gris, que todavía no ha dado el salto a París y al cubismo. El impresor es Antonio Marzo, de la calle San Hermenegildo, el mismo que, en 1902, se había encargado de la primera edición de *Alma*, el librito de Manuel.

La página que sigue a la portada lleva la inscripción: «Dedicatoria. A D. Agustín Carreras y D. Antonio Gaspar del Campo». Ambos, cuando eran miembros del Tribunal de oposiciones a cátedras de Instituto en 1906-1907, habían otorgado su voto al poeta. ¿Les debía Machado algún favor especial? Quizás. Lo irónico es que apuntó mal el apellido de uno de sus benefactores, pues el bueno de don Agustín se llamaba Carrera, no Carreras. Además la dedicatoria conjunta desaparecerá en las *Poesías completas*.<sup>16</sup>

Integran el libro, que tiene 176 páginas con muchos espacios blancos, noventa y cuatro poemas: veintinueve procedentes de *Soledades* (1903) —del cual se han suprimido trece—, treinta y ocho publicados en la prensa periódica entre 1903 y 1907, uno («La calle en sombra...») aparecido en una antología de poetas contemporáneos<sup>17</sup>, y veintiséis por lo visto «inéditos»\*.

---

\* Decimos «inéditos» entre comillas porque en algunos casos, y no nos sorprendería, se puede tratar de poemas publicados en revistas o diarios pero todavía no localizados.

Puntualicemos un poco más. En el libro nuevo han desaparecido los títulos de dos apartados de *Soledades*, «Desolaciones y monotonías» (dedicado a Valle-Inclán) y «Salmodias de Abril». Algunos de los poemas pertenecientes a ambos encuentran cabida en otras páginas. *Soledades* se inicia ahora con un apartado sin título que contiene diecinueve poemas: cuatro que proceden de la primera edición del libro, diez de revistas, uno de la mencionada antología, y cuatro al parecer inéditos. El apartado «Del camino» se mantiene, con dieciocho poemas en vez de diecisiete (se ha suprimido un poema de *Soledades* y hay dos más). Un nuevo apartado, «Canciones y coplas», contiene ocho poemas, cinco procedentes de la primera edición y el resto de revistas. «Humorismos», con doce poemas en vez de cuatro, se ha convertido en «Humorismos, fantasías, apuntes». Esto por lo que toca a *Soledades*.

En cuanto a *Galerías*, son treinta y un poemas: doce aparentemente inéditos y los demás publicados en revistas entre 1903 y 1907.

El libro se completa con un apartado nuevo, «Varia», integrado por seis composiciones: cuatro aparecidas hacía poco en la revista *Renacimiento* y dos supuestamente inéditas.

Machado escribió en la introducción de sus *Páginas escogidas* (1917), refiriéndose a *Soledades*, que la obra «fue refundida en 1907, con adición de nuevas composiciones que no añadían nada sustancial a las primeras, en *Soledades, galerías y otros poemas*. Ambos volúmenes constituyen en realidad un solo libro». <sup>18</sup> Pero el asunto es algo más complejo, como acabamos de ver (no alude Machado, por ejemplo, a los trece poemas suprimidos), y no es extraño que haya habido discrepancias, entre los estudiosos, acerca de las conclusiones que se pueden sacar de una confrontación de los dos poemarios.

Al comentar algunos de los versos publicados por Machado en revistas entre 1903 y 1907 ya hemos señalado que, si su temática sigue siendo en esencia la de la primera edición de *Soledades*, se expresa con una cada vez mayor sobriedad, y se hace evidente el esfuerzo del poeta por ir excluyendo de sus poemas elementos léxicos y usos en demasía «modernistas». La tendencia depuradora se confirma en el nuevo libro.

De los poemas recientes habría que destacar la larga composición «El poeta», donde el pesimismo salomónico lucha con la esperanza:

Con el Eclesiastés dijo: Vanidad de vanidades,  
todo es negra vanidad;  
y oyó otra voz que clamaba, alma de sus soledades,  
sólo eres tú, luz que fulges en el corazón, verdad. (XVIII)

Y también la «Introducción» a *Galerías*, donde Machado intenta definir su estética actual. El poeta sigue apegado, como no podía ser de otra manera, a su reino interior:

El alma del poeta  
se orienta hacia el misterio.  
Sólo el poeta puede  
mirar lo que está lejos  
dentro del alma en turbio  
y mago sol envuelto. (LXI)

Pero, si su alma *se orienta* hacia el misterio —proclividad que no puede cambiar— otra cosa es entregarse al mismo. Al poeta le incumbe ahora trabajar despierto, vigilante, con los elementos que le proporcionan, gracias a su labor transformadora, «las doradas abejas del sueño»:

Poetas, con el alma  
atenta al hondo cielo,  
en la cruel batalla  
o en el tranquilo huerto  
la nueva miel labramos  
de los dolores viejos,  
la veste blanca y pura  
pacientemente hacemos,  
y bajo el sol bruñimos  
el fuerte arnés de hierro. (LXI)

Uno de los poemas más interesantes de *Soledades. Galerías. Otros poemas* es «Elegía de un madrigal», compuesta en alejandrinos, que Machado relacionará en su cuaderno *Los complementarios* con *À la recherche du temps perdu*: «Todo cuanto dice M. Proust sobre la memoria y las intermitencias del corazón está en mi “Elegía de un madrigal”, publicada en 1907 [...] y escrita mucho antes». <sup>19</sup> ¿Escrita mucho antes? Acaso algunos años antes, no muchos, aun-

que a partir de la segunda edición de las *Poesías completas* (1928) se estampará a su pie la fecha 1907 (ya lo sabemos, no hay que fiarse siempre de la datación de sus composiciones propuesta por el poeta). No se equivocaba Machado, de todas maneras, al encontrar entre «Elegía de un madrigal» y los mecanismos de la memoria descritos por Proust un evidente paralelismo:

[...] Quiso el poeta recordar a solas,  
 las ondas bien amadas, la luz de los cabellos  
 que él llamaba en sus rimas rubias olas.  
 Leyó... La letra mata: no se acordaba de ellos...

Y un día —como tantos— al aspirar un día  
 aromas de una rosa que en el rosal se abría,  
 brotó como una llama la luz de los cabellos  
 que él en sus madrigales llamaba rubias olas,  
 brotó porque un aroma igual tuvieron ellos...  
 Y se alejó en silencio para llorar a solas.<sup>20</sup> (XLIX)

Se ha dicho que las «dos partes» de este poema «parecen tener poca relación entre sí». <sup>21</sup> Pero la relación nos parece clara y hasta lógica: en las primeras dos estrofas —no citadas— tenemos el recuerdo de una tarde «de soledad y hastío» (hastío es palabra clave en la poesía machadiana de la primera época), producto de la ausencia de amor; en las dos siguientes, gracias a la repentina e inesperada asociación producida por el aroma de la rosa (que en Proust será el sabor de la magdalena o la desigualdad de unas losas de la acera), es la recuperación —tan deslumbradora como efímera— de la amada en toda su particularidad física. En las profundidades de la psique está almacenado, pues, en palpitante actualidad, pero casi siempre fuera de nuestro alcance consciente, todo lo que hemos vivido y sido y sentido. Ahora bien, si en Proust experiencias como la de la magdalena son fuente de consuelo, al demostrar que en realidad el tiempo pasado no está «perdido», sino dentro de nosotros, en este poema la súbita visita de la amada sólo sirve para incrementar el dolor de haberla, precisamente, perdido para siempre. Tema machadiano recurrente.

En los poemas nuevos incluidos en el libro el recuerdo del jardín de las Dueñas vuelve a asomar (véase, por ejemplo, «A un naranjo y a un limonero vistos en una tienda de plantas y flores», que

figura con el número LIII en *Poesías completas*). Y, en una secuencia de tres poemas clave de *Galerías* (LXXVII, I-II, y LXXVIII), Machado nos acerca como nunca al origen de la «vieja angustia» que dice habita su «usual hipocondría», y que le asedia desde la niñez sevillana:

La causa de esta angustia no consigo  
ni vagamente comprender siquiera;  
pero recuerdo y, recordando, digo;  
—Sí, yo era niño y tú mi compañera.<sup>22</sup> (LXXVII, I)

En el segundo poema el poeta confiesa que, como un perro olvidado que, sin «huella ni olfato», yerra perdido y desnortado por los caminos, y

[...] como  
el niño que la noche de una fiesta  
  
se pierde entre el gentío  
y el aire polvoriento y las candelas  
chispeantes, atónito, y asombra  
su corazón de música y de pena,  
  
así voy yo, borracho melancólico,  
guitarrista lunático, poeta,  
y pobre hombre en sueños,  
siempre buscando a Dios entre la niebla.<sup>23</sup> (LXXVII, II)

Años después Juan de Mairena, el *alter ego* de Machado, citará el primero de estos poemas y comentará que los versos, publicados en 1907, «pueden tener una inequívoca interpretación heideggeriana», y que en ellos *la angustia* aparece «como un hecho psíquico de raíz, que no se quiere, ni se puede, definir, mas sí afirmar como una nota humana persistente, como inquietud existencial».<sup>24</sup> El «yo» del poema, empero, que empieza diciendo que no consigue «ni vagamente entender siquiera» la causa de aquella angustia habitual, luego explica que está relacionada con algo muy concreto: la pérdida, cuando era niño, de una persona amada, designada como su «compañera».<sup>25</sup> Añadamos que la expresión «vieja angustia» aparece en otro nuevo poema de tema afín cuyo título, «Soledades»,

fue suprimido al incorporarse a *Soledades. Galerías. Otros poemas* y, luego, *Poesías completas*:

Yo caminaba cansado,  
sintiendo la vieja angustia que hace el corazón pesado.<sup>26</sup> (XIII)

Es muy interesante la comparación del «yo» con un niño perdido en medio de una fiesta —los pormenores hacen pensar en una procesión sevillana—, toda vez que en otro poema que vimos antes, «Sueño infantil» (LXV), es también en una fiesta donde el niño se sintió abandonado por el ser amado, «el hada más joven». En este contexto, Sánchez Barbudo atrae nuestra atención sobre un comentario posterior de Machado en una carta a Pilar de Valderrama: «¡Qué alegría, Guiomar, cuando te veo! Es algo tan elemental que comparo con la del niño que, después de haberse perdido entre un gentío extraño, encuentra a su madre».<sup>27</sup>

En cuanto al célebre último verso del segundo poema («siempre buscando a Dios entre la niebla»), Geoffrey Ribbans considera que plantea el «esencial problema vital de Antonio Machado»: el del hombre «sin fe definida, pero de aspiraciones infinitas, que busca una razón de ser —Dios— sin dar nunca con ella». Ribbans se cuida de apuntar en una nota, siguiendo a Serrano Poncela y a Aurora de Albornoz, que aquí la palabra Dios «indica tan sólo una aspiración religiosa, no una firme creencia».<sup>28</sup>

Con respecto a las preguntas formuladas en el último poema de la secuencia —el LXXVIII—, dan voz a otra angustia, la de no saber si, cuando llegue la muerte, se perderá para siempre el mundo de los sueños, depósito del pasado que sirve como único consuelo, y a veces ni eso, del poeta en su caminar solitario y amargo por la vida. Machado no lo dice, pero da a entender que al plasmar su angustia en el poema, en comunicársela así al prójimo, le está dando una supervivencia que de otro modo no tendría. No todo —otra vez la referencia al *Eclesiastés*— es trabajar para el polvo y el viento.

La publicación de *Soledades. Galerías. Otros poemas* suscitó, como era natural, cierto interés en Soria. El 21 de noviembre *Tierra Soriana* refería que el libro se pondría pronto a la venta en la ciudad, y reprodujo dos poemas del mismo, «Yo voy soñando caminos/de la tarde...» (XI) y «La primavera besaba/suavemente la arboleda...» (LXXXV). En su siguiente número (25 de noviembre) el

periódico reprodujo, también en primera plana, los seis poemas de «Galerías» publicados en la *Revista Latina*.<sup>29</sup>

*Soledades. Galerías. Otros poemas* era como una linterna que iluminaba los secretos más hondos del mundo íntimo y angustiado de Antonio Machado, pero ningún crítico de entonces profundizó en su contenido. En cuanto a la reacción de los sorianos, no se ha encontrado en la prensa local reseña alguna del libro.

\* \* \*

El 30 de enero de 1908 el diario madrileño *El Liberal*, uno de los más influyentes y progresistas del país, anunció en su primera plana una iniciativa inusitada\*. Bajo la rúbrica POETAS DEL DÍA, con subtítulo «Autosemblanzas y retratos», el rotativo explicaba:

EL LIBERAL rechaza esos juicios, tan extendidos como chabacanos, que han sentenciado a muerte a la actual poesía española. Tiene, al revés, el meditado convencimiento de que la lírica española entra en los bellos días de su Renacimiento y esplendor.

Como Portugal e Italia, los dos países que hoy se honran con mejor y mayor número de poetas, España cuenta hoy día con una lucidísima generación de poetas jóvenes.

Tampoco EL LIBERAL admite esa creencia baja y torpe de que en España nadie lee versos. Por el contrario, piensa que hoy, más que nunca, es cuando se leen versos en España.

Y para demostrar lo primero, esto es, que hay en la actualidad una generación brillante de poetas nuevos, EL LIBERAL comienza desde hoy la publicación del retrato y de una poesía íntima, nota personal de cada uno de los poetas jóvenes más sobresalientes.

Y para comprobar el segundo extremo, esto es, que en España hay bastantes devotos de la poesía, EL LIBERAL pre-

---

\* Nacido en 1879 de una escisión de *El Imparcial*, *El Liberal* se había unido en 1906 con *Heraldo de Madrid* y, otra vez, con *El Imparcial*, para formar una única empresa, la Sociedad Editorial de España, conocida popularmente como «el Trust». Capitaneaba el diario en 1908 Miguel Moya (Montero Alonso, Azorín García y Montero Padilla, *Diccionario general de Madrid*, Madrid, Méndez y Molino, 1990).



Desdeño las romanzas de los tenores huecos  
 y el coro de los grillos que cantan a la luna.  
 A distinguir me paro las voces de los ecos, 20  
 y escucho solamente, entre las voces, una.  
 ¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera  
 mi verso como deja el capitán su espada,  
 famosa por la mano viril que la blandiera,  
 no por el docto oficio del forjador preciada.

\*

Converso con el hombre que siempre va conmigo 25  
 —el que habla solo espera hablar a Dios un día—.  
 Mi soliloquio es plática con este buen amigo,  
 que me enseñó el secreto de la filantropía.  
 Y, en suma, nada os debo: debéisme cuanto he escrito.  
 A mi trabajo acudo; con mi dinero pago 30  
 el traje que me cubre y la mansión que habito,  
 el pan que me alimenta y el lecho donde yago.  
 Y cuando la hora llegue del último viaje,  
 y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,  
 me encontraréis a bordo ligero de equipaje, 35  
 casi desnudo, como los hijos de la mar. (XCVII)

¿El poema se compuso para *El Liberal*, o se había escrito antes? Por desgracia no tenemos información documental alguna al respecto y, además, se desconoce el manuscrito original de la composición. De todas maneras los versos

A mi trabajo acudo; con mi dinero pago  
 el traje que me cubre y la mansión que habito,

parecen aludir claramente a la nueva situación del poeta como catedrático de Instituto, con lo cual se impone la probabilidad de que se redactara en los últimos meses de 1907 o a principios de 1908.

Hay que añadir que la «autosemblanza» de Manuel Machado, publicada unas semanas después, también sin título, está fechada «Febrero, 1908», prueba de haberse escrito, como la de Amado Nervo, para salir en *El Liberal*.<sup>30</sup> Manuel, además, recordará en 1938

cómo «un gran diario de Madrid» había tenido «la feliz idea» de publicar «una galería de autopinturas poéticas», entre ellas la suya. «Y digo feliz —siguió— porque produjo muchos poemas notables y alguno verdaderamente exquisito».<sup>31</sup> No se puede descartar, por todo ello, que el magnífico poema de Antonio naciera a raíz de aquella insólita iniciativa del rotativo madrileño.

«Retrato» tiene un clarísimo antecedente en «Adelfos», el poema de Manuel dado a conocer en *Electra* y luego colocado al inicio de *Alma* (con la indicación de haber sido escrito en París en 1899). Tan clarísimo que parece como una contestación amistosa al mismo. Compuesto, como luego el «autorretrato» de Antonio, en alejandrinos, «Adelfos» hacía alarde de un temperamento muy distinto al del hermano menor:

Yo soy como las gentes que a mi tierra vinieron,  
soy de la raza mora vieja amiga del sol,  
que todo lo ganaron y todo lo perdieron.  
Tengo el alma de nardo del árabe español.

Mi voluntad se ha muerto en una noche de luna  
en que era muy hermoso no pensar ni querer...  
Mi ideal es tenderme, sin ilusión ninguna...  
De cuando en cuando, un beso y un nombre de mujer.<sup>32</sup>

La nueva «autosemblanza» de Manuel publicada en *El Liberal*, ocho años después, recalca los mismos rasgos temperamentales. Vale la pena reproducirla, pues es concluyente como testimonio del distinto talante de los dos hermanos. El primer verso alude a la fotografía del Manuel que encabeza la sección (Antonio siempre se afeitaba, pero Manuel aparece aquí, en contraste, con un magnífico bigote):

Esta es mi cara, y esta es mi alma: leed.  
Unos ojos de hastío y una boca de sed...  
Lo demás... Nada... Vida... Cosas... Lo que se sabe...  
Calaveradas, amoríos... Nada grave.  
Un poco de locura, un algo de poesía,  
una gota del vino de la melancolía...  
¿Vicios? Todos. Ninguno... Jugador, no lo he sido;  
ni gozo lo ganado, ni siento lo perdido.

Bebo, por no negar mi tierra de Sevilla,  
media docena de cañas de manzanilla.  
Las mujeres... —sin ser un Tenorio, ¡eso no!—  
tengo una que me quiere, y otra a quien quiero yo.

Me acuso de no amar, sino muy vagamente,  
una porción de cosas que encantan a la gente...  
La agilidad, el tino, la gracia, la destreza,  
más que la voluntad, la fuerza y la grandeza...  
Mi elegancia es buscada, rebuscada. Prefiero  
a lo helénico y puro lo «chic» y lo torero.  
Un destello de sol y una risa oportuna  
amo más que las languideces de la luna.  
Medio gitano y medio parisién —dice el vulgo—  
con Montmartre y con la Macarena comulgo...  
Y, antes que un tal poeta, mi deseo primero  
hubiera sido ser un buen banderillero.

Es tarde... Voy de prisa por la vida. Y mi risa  
es alegre, aunque no niego que llevo prisa.

Creemos que no hace falta insistir más sobre los distintos temperamentos de los dos hermanos. Y la distinta manera de representarse ante el mundo.

El actor Ricardo Calvo, amigo vitalicio como sabemos de los Machado, recordaba, ya viejo, que el éxito del «autorretrato» de Antonio publicado por *El Liberal* fue «enorme» y produjo «el asombro de todos en aquel momento».<sup>33</sup>

No era para menos.

El poema está compuesto, como «Adelfos», en alejandrinos. Tal vez su fuerza deriva, sobre todo, del hecho de que Machado es consciente de que, a los 33 años, se está produciendo un cambio importante en su vida y en su obra. Su poesía ha sido desde el inicio intensamente personal, ensimismada, y ahora busca saltar las bardas de su corral. Buen momento para hacer balance.

Vimos antes que en los primeros versos del poema,

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla  
y un huerto claro donde madura el limonero,

con su evocación de dos espacios bien diferenciados —el patio y el huerto— el poeta no sólo recordaba el palacio de las Dueñas, donde pasó sus primeros cuatro años, sino que acaso daba a entender que, durante los cuatro siguientes, era consciente de haber perdido ya su paraíso. Las constantes alusiones a las Dueñas en *Soledades y Soledades. Galerías. Otros poemas* parecen confirmar de sobra esta posibilidad.

Los dos siguientes versos

mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;  
mi historia, algunos casos que relatar no quiero

proclaman, si nos atenemos a la exactitud cronológica, que la juventud del poeta terminó en 1903 a los 28 años —la familia había llegado a la capital en 1883—, lo cual no deja de ser una exageración. Estimamos que no hay que tomar demasiado literalmente tal cómputo. En cuanto a los casos de su historia que el poeta prefiere no relatar, el «no quiero» hace pensar enseguida en la primera frase del *Quijote* («En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...»). La referencia no es baladí: la ironía machadiana está muy en deuda con la de Cervantes.

Oreste Macrí ha señalado la influencia sobre estos dos versos del Rubén Darío de *Cantos de vida y esperanza*, publicado en Madrid en 1905 y reeditado en 1907 (libro en el cual, según escribirá Machado después, el nicaragüense revelará «la hondura de su alma»<sup>34</sup>). Influencia, en concreto, de la cuarta estrofa del primer poema del libro:

Yo supe de dolor desde mi infancia;  
mi juventud... ¿fue juventud la mía?,  
sus rosas aún me dejan su fragancia,  
una fragancia de melancolía...<sup>35</sup>

En realidad no sólo se trata de la influencia sobre Machado de esta estrofa sino de la composición en su totalidad, donde Rubén repasa, desde el *point de repère* de sus casi 44 años, el camino recorrido hasta entonces.

Los siguientes versos (5-8) tienen el gran interés de definir la actitud del poeta ante la mujer y el hecho erótico. Como buen sevillano, Machado no puede desconocer la historia, famosa en

la ciudad, de Miguel de Mañara, posible prototipo de don Juan, mujeriego recalcitrante que, al arrepentirse, dispuso que le enterrasen sin ataúd a la entrada del Hospital de la Caridad, por él fundado, con una inscripción que dijera «aquí yace el peor hombre del mundo» (por algo colgaba en el Hospital, y cuelga, el escalofriante cuadro de Valdés Leal, encargado por Mañara, *In ic-tu oculi*, vulgo *El obispo podrido*). Machado admite no haber sido un Mañara. Tampoco un amante comparable con el ya célebre personaje de su amigo Valle-Inclán, capaz de satisfacer innumerables veces en una sola noche a la fogosa Niña Chole (*Sonata de estío*), y cuya única queja es no haber sido capaz de experimentar el amor homosexual. Y no se trata sólo del desaliño indumentario del poeta, heredado de su padre. Hay en él algo pasivo frente a la mujer, denotado, como ya señalamos, por ese «recibir» la flecha asignada por Cupido, ese apreciar el aspecto «hospitalario» femenino.

Antonio Machado nos lo declara sin ambages. No es un conquistador, no es un Mañara, no es un Bradomín. Lo que no dice es que tampoco es un Manuel Machado. Y ello, quizás, iba siendo ya un problema.

Luego viene un reconocimiento y una cualificación (vv. 9-12). El poeta tiene, tanto de su padre como del abuelo Machado Núñez, «gotas de sangre jacobina». Algo de revolucionario, y algo de anticlerical, hay indudablemente en él. Pero, y ahí la cualificación, no obsta para que su poesía brote de «manantial sereno»: sereno en el sentido de que no siente —o no quiere sentir— hostilidad hacia los demás por una diferencias de ideas. Es notable cómo Machado rima «jacobina» con «doctrina», y «sereno» con «bueno». Es ya un consumado maestro de la rima, de la rima consciente de sí misma como elemento significativo.

La autosemblanza sigue con una consideración sobre la estética (vv. 13-16). ¿Cuál es la del poeta en estos momentos en que acaba de publicar *Soledades. Galerías. Otros poemas*? Que adora la hermosura lo sabíamos. Y también que el inexorable paso del tiempo es una de sus mayores preocupaciones, como lo era para Pierre Ronsard (es evidente la alusión al más famoso poema de éste, «Mignonne, allons voir si la rose...», glosa este mismo de un tema caro a los poetas desde el «Collige, virgo, rosas» latino). Lo que tal vez sorprendería a algún lector de 1908 es el desplante de Machado frente a los excesos del movimiento identificado, para

el gran público, con Rubén Darío. Porque, ¿a qué otros «afeites de la actual cosmética» puede estar refiriéndose si no es a los del modernismo?

Queda claro en los siguientes versos (17-20) que, si de distinguir voces de ecos se trata, nuestro poeta está decidido a escuchar solo la suya interior, la voz de su más íntima autenticidad. Que es, además, lo que le ha recomendado su tan admirado Miguel de Unamuno.

¿Y la cuestión de si es romántico o clásico (vv. 21-24)? El poeta no contesta su propia pregunta. Prefiere decirnos —con una comparación militar tan inesperada como las de «A orillas del Duero»— qué suerte querría para su poesía: más famosa, como la espada de un capitán, por quien la blandiera (o sea, el propio Machado) que por sus propias cualidades inherentes\*. Comparación, sí, inesperada... y también confesión. Machado, como todos los tímidos, tiene algo de exhibicionismo reprimido. No busca comparecer en público, es reacio a leer sus poemas ante la gente, pero a partir de la publicación de sus *Páginas escogidas* y *Poesías completas*, ambas en 1917, cuidará de que sus libros tengan frontispicio con un retrato suyo. Es decir, quiere que los lectores puedan contemplar una imagen suya cuidadosamente seleccionada, quiere tener celebridad... pero a distancia.

Los versos siguientes desarrollan un concepto que será fundamental en Machado: que la esencia del ser humano reside en el deseo de superar las limitaciones del «yo» para poder abrirse al «tú», al «otro»:

Converso con el hombre que siempre va conmigo  
—el que habla solo espera hablar a Dios un día—.  
Mi soliloquio es plática con este buen amigo,  
que me enseñó el secreto de la filantropía.

En cuanto a los espléndidos versos finales del poema, tantas veces citados, son otra demostración del cambio que se está ope-

---

\* En *España contemporánea*, libro que es probable que leyera Machado, Darío dice del poeta Manuel Reina: «Le llaman discípulo e imitador del señor Núñez de Arce. No veo la filiación, como no sea en la manera de blandir el verso» (edición de las *Obras completas* de Darío recogida en la sección 10 de nuestra Bibliografía, tomo III, pág. 253).

rando en Machado desde su llegada a Soria. También reflejan la honda satisfacción que le produce haber conseguido un trabajo responsable que, si no del todo vocacional, es digno y útil:

Y, en suma, nada os debo: debéisme cuanto he escrito.  
 A mi trabajo acudo; con mi dinero pago  
 el traje que me cubre y la mansión que habito,  
 el pan que me alimenta y el lecho donde yago.  
 Y cuando la hora llegue del último viaje,  
 y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,  
 me encontraréis a bordo ligero de equipaje,  
 casi desnudo, como los hijos de la mar. (XCVII)

Si, cincuenta años después, Ricardo Calvo recordaba todavía el impacto causado en Madrid por la publicación en *El Liberal* de este asombroso poema autobiográfico, hay que suponer que fue, de hecho, considerable. Machado no tardará en darse cuenta de la trascendencia de lo que ha conseguido, y el poema, ya titulado «Retrato», abrirá las páginas de *Campos de Castilla*. Hoy es una de las poesías más conocidas de la literatura española.

\* \* \*

El poeta acaba de ser nombrado vicedirector del Instituto de Soria, y toma posesión como tal el 14 de abril de 1908.<sup>36</sup> Además ha empezado a colaborar en la prensa local. El 2 de mayo tres diarios de la ciudad —*Noticiero Soriano*, *El Avisador Numantino* y *Tierra Soriana*— se juntan para publicar un número extraordinario dedicado al recuerdo de los españoles caídos un siglo antes en la lucha contra Napoleón. Machado contribuye con un breve y combativo texto sobre la situación de la nación tras la tan reciente pérdida de sus últimas colonias. Se titula «Nuestro patriotismo y *La marcha de Cádiz*» (alusión a la zarzuela de este nombre de Fernando Chueca, cuyo pasodoble se hizo famoso «y se convirtió en el himno de despedida de las expediciones de soldados durante la guerra de Cuba»<sup>37</sup>). ¿Despertará ahora España, se dejará de soñar, fanfarrona, con pasados triunfos? ¿De jactarse de saber morir con valentía? ¿Afrontará la triste realidad presente y se enmendará? «Somos los hijos de una tierra pobre e ignorante —declara, tajante, el poeta—, de una tierra donde todo está por hacer. He aquí lo que sabemos». Y sigue

con un párrafo digno de figurar en cualquier antología de la Generación de 1898:

Sabemos que la patria no es una finca heredada de nuestros abuelos; buena no más para ser defendida a la hora de la invasión extranjera. Sabemos que la patria es algo que se hace constantemente y se conserva sólo por la cultura y el trabajo. El pueblo que la descuida o abandona, la pierde, aunque sepa morir. Sabemos que no es patria el suelo que se pisa, sino el suelo que se labra; que no basta vivir sobre él, sino para él; que allí donde no existe huella del esfuerzo humano no hay patria, ni siquiera región, sino una tierra estéril, que tanto puede ser nuestra como de los buitres o de las águilas que sobre ella se ciernen. ¿Llamaréis patria a los calcáreos montes, hoy desnudos y antaño cubiertos de espesos bosques, que rodean esta vieja y noble ciudad? Eso es un pedazo del planeta por donde los hombres han pasado, no para hacer patria, sino para deshacerla. No sois patriotas pensando que algún día sabréis morir para defender esos pelados cascotes; lo seréis acudiendo con el árbol o con la semilla, con la reja del arado o con el pico del minero a esos parajes sombríos y desolados donde la patria está por hacer.

Los sorianos no estaban preparados para el contenido del artículo del nuevo catedrático de Lengua Francesa, que se presenta, de repente, como ecologista y contestatario. No saben, claro, de quién es nieto, ni de quiénes alumno ni de quiénes amigo.

En cuanto a los héroes de 1808, Machado estima que el único homenaje aceptable que se les puede ofrecer en estos momentos, después de que la inconsciencia haya conseguido la pérdida del imperio, es el del trabajo y el esfuerzo. Y termina : «Convencidos de que sabemos morir —que ya es saber— procuremos ahora aprender a vivir, si hemos de conservar lo poco que aún tenemos».

No cabía duda. Soria ya cuenta no sólo con un poeta de creciente prestigio nacional, sino con un intelectual progresista y polémico dispuesto a decir en voz alta lo que piensa de la situación actual de la patria.<sup>38</sup>

El periódico local con el cual se siente más a gusto Machado es *Tierra Soriana*, con cuyo redactor José María Palacio —redactor jefe a partir del 30 de abril de 1908<sup>39</sup>— va teniendo una bue-

na amistad. *Tierra Soriana* había dado a conocer, como vimos, tres poemas de *Soledades. Galerías. Otros poemas* poco antes de la publicación del libro en noviembre de 1907. Ahora reproduce otros: «Fantasía de una noche de Abril» (18 de abril) y «Los sueños malos» (16 de junio).<sup>40</sup>

Es posible que fuera durante este mismo 1908 cuando tuvo lugar, en Soria, el reencuentro de Machado con Manuel Hilario Ayuso, compañero suyo, en 1900, de la clase de sociología, en la Universidad de Madrid, de Manuel Sales y Ferré, aquel gran maestro, amigo de *Demófilo* en Sevilla, que siempre insistía en que «el medio es necesariamente más fuerte que el individuo». Ayuso, que le había hablado entonces a Machado de Soria y de su ciudad natal, El Burgo de Osma, es ahora abogado y militante republicano que da mítines por todo el país. En Soria, donde —según escribirá el poeta en 1914— ya no queda «ningún inquietador de espíritus» y la rutina es ley, nadie entiende cómo aquel hijo de familia acaudalada, destinado, se diría, «para cacique de la comarca», se pueda dedicar en cuerpo y alma a la causa de los humildes. Pero así es. Y a Machado, tan imbuido del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, Ayuso, que además es poeta en sus momentos libres, le parece un personaje valiente y necesario.<sup>41</sup>

El principal espoleador de conciencias españolas, con todo, es Miguel de Unamuno, cuyas peripecias Machado sigue en la prensa. Durante el verano le pide una carta que él y sus amigos puedan publicar en la prensa soriana. Unamuno sugiere, por lo visto, que utilicen extractos de las que ya ha enviado al poeta. El 21 de julio los publica *Tierra Soriana* bajo el título «Unamuno, íntimo», al lado del poema «Sol de invierno» de *Soledades. Galerías. Otros poemas*. En uno de ellos Unamuno había insistido, entre otras cosas, en la necesidad de trabajar cada día con renovada ilusión. «De hecho nazco cada día y tiro a que sea mi vida un perpetuo nacimiento», declara. «El gozo de la vida es producir». Machado, que, de buen seguro, es quien ha hecho la selección de citas, no podía estar más de acuerdo con el combativo rector, a quien no ha vuelto a ver desde hace varios años.<sup>42</sup>

\* \* \*

Sería un error pensar que el poeta se encontraba muy a gusto en Soria. La realidad es que no estaba hecho para la vida en provin-

cias, y echaba mucho de menos la capital. De modo que, cuando se entera durante el verano de 1908 —que pasa con su familia— de que hay una cátedra de Lengua Francesa vacante en el madrileño Instituto de San Isidro, no duda en expresar al Ministerio de Instrucción Pública, el 2 de septiembre, su deseo de tomar parte en las oposiciones. Y no sólo eso, sino que, como le explica en una carta a Rubén Darío, espera, una vez conseguida la cátedra, permutarla con la de Sevilla. ¡Sevilla! ¡Siempre la añoranza del paraíso infantil!<sup>43</sup>

No sabemos nada más acerca de aquella iniciativa. Parece ser que, finalmente, el poeta decidió no opositar. Si fue así, la razón, quizás, era que estaba ya prendado de Leonor Izquierdo Cuevas, la hija mayor de los dueños de su pensión, y no quería que nada le apartara en aquellos momentos de su pleito amoroso, bastante difícil.

¿Cómo era Leonor, que el 12 de junio de 1909 cumpliría los 15 años, edad legal entonces para poder casarse (con tal de tener el permiso paterno)? Es lamentable lo poco que sabemos de ella. Soriana por los cuatros costados, había nacido, como Machado, en un lugar insólito: el castillo de Almenar, a ocho kilómetros de la capital, antes propiedad de los condes de Gómara, en el cual estaba instalada entonces la casa-cuartel del destacamento de la Guardia Civil al que pertenecía su padre. El castillo tenía una resonancia literaria que no podía dejar indiferente al poeta, pues allí había situado Gustavo Adolfo Bécquer el inicio de su cuento *La promesa*, en el cual el conde de Gómara, disfrazado de paje, enamora a una muchacha del pueblo y promete que, terminada la campaña de Fernando III contra los moros de Sevilla, volverá a por ella. Pero la muerte interviene y no regresa.

El castillo de Almenar domina una inmensa llanura, casi desnuda de árboles, donde soplan vientos helados en invierno, y por la cual cruzaban antaño bandadas de lobos. No sería fácil encontrar un paisaje más inhóspito. La iglesia de San Pedro Apóstol, donde fue bautizada Leonor, se encuentra hoy en un estado delicado, el hielo desmenuza año tras año, inmisericorde, sus sillares de piedra caliza, el agua se filtra por las rendijas y el cura se queja de que no hay medios para llevar a cabo la necesaria restauración. Encima del hermoso retablo, un escudo de los condes de Gómara recuerda los ilustres antecedentes del pueblo, hoy, como tantos en esta provincia castigada por la emigración, casi abandonado.<sup>44</sup>

«De talla, mediana; el cabello, castaño, un poco ondulado; no se ponía afeites: una niña; los ojos, morenos oscuros; la tez, más bien sonrosada; la voz, un poco aniñada. Le parecía en todo a la madre». Así recordará a Leonor su tía, Concha Cuevas.<sup>45</sup> Mariano Granados Aguirre, alumno de Machado que había empezado en 1909 su primer curso de francés en el Instituto de Soria, la evocó, años después, como «morena, pero blanca, con palidez de lirio», con «unos grandes, profundos y rasgados ojos» y una mirada «como la de una gacela sorprendida». <sup>46</sup> Pálida, muy pálida, era sin duda Leonor. José Posada, otro amigo de la familia, la recordaba «menuda y trigueña, de alta frente y de ojos oscuros», y que, según se decía, el poeta la seguía desde lejos por la ribera del Duero cuando salía de paseo con sus tías y hermanos, «o tras de su ventana la miraba en el balcón frontero, o escuchaba embelesado sus paliques». <sup>47</sup> Las pocas fotografías de Leonor que tenemos, sacadas el día de su boda con el poeta, nos la muestran con pelo espesísimo, profundos ojos oscuros, cara oval y —en uno de los retratos— una sonrisa encantadora (ilustraciones 26, 27).

Según Pedro Chico y Rello, que llegó a Soria en 1917 para tomar posesión de la cátedra de Geografía en la Escuela Normal, y que paró en la misma pensión, Isabel Cuevas, la madre de Leonor, era una persona no sólo hermosa sino muy buena, «personificación de la auténtica dama soriana y castellana, con todas sus cualidades de dignidad, de religiosidad y de bondad; de valor heroico y una gran simpatía». Chico, con la mayor discreción, apunta que «no tuvo suerte en su matrimonio». <sup>48</sup> Mariano Granados Aguirre añade el detalle de que Ceferino Izquierdo, el marido, era «hombre autoritario, de mal genio, que se embriagaba con frecuencia», y que a él y a sus amigos les infundía «cierto pavor». Leonor, que había sido compañera de juegos de Granados, «ayudaba a su madre, soportaba las violencias del ex guardia civil, lloraba en silencio, y acariciaba desde el alto balcón en los largos atardeceres la blanca paloma de sus sueños». Si, como da a entender Granados, la muchacha «adoraba los versos», tener en casa al autor de las *Solledades*, de talante tan opuesto al de un padre que les hacía infelices a todos, debió predisponerla para el amor. <sup>49</sup>

Apenas sabemos nada acerca del desarrollo de la relación que, de entrada, desconcierta por la poca edad de Leonor. En la pensión, casi como uno más de la familia, Machado había tenido la oportunidad de hablar con ella cada día, de verla crecer, de irse familiarizando

poco a poco con su persona. «Ojos y oídos tuvieron que iniciar un complicado debate que duró casi dos años», piensa Heliodoro Carpintero, que dedicó muchas horas de su vida a investigar los años sorianos de Machado. Al mismo estudioso debemos una interesante hipótesis: el poeta, al principio, vería en Leonor a «una niña de 13 años que, sin duda, tuvo que evocarle a la hermana muerta». Es posible. Como sabemos, el fallecimiento de Cipriana en 1900, a los 14 años, había sido un golpe muy duro para la familia.<sup>50</sup>

¿Pero cómo, para un hombre tan tímido con las mujeres, quizás temeroso de ser rechazado, tratar de iniciar el noviazgo? Según Carpintero, acudió a un «curioso procedimiento» para cerciorarse de los sentimientos de Leonor, que era declarar los suyos en unos versos y dejarlos «con cuidadoso descuido» para que ella los leyera.<sup>51</sup> Se trataba del poema, originalmente titulado «Soledades», que terminaba, después de la evocación de una monjita espiada por el poeta, con tres versos, de divertida rima, acerca de cuya significación la pretendida no podía albergar ninguna duda:

Y la niña que yo quiero,  
¡ay! preferirá casarse  
con un mocito barbero\*.

Leonor decidió que lo que ella prefería era casarse con el poeta —parece ser que hubo realmente un joven barbero—,<sup>52</sup> y de alguna manera se lo hizo saber así. Machado luego pidió su mano a través de Federico Zunón Díaz, su colega de Instituto y compañero de pensión. Los padres, quizás algo inquietos al principio, accedieron; la madre de Antonio también dio su conformidad; y se acordó entre todos que la boda se celebrara a finales de julio de 1909, cuando Leonor hubiera cumplido ya los 15 años. Para respetar las convenciones, parece ser que el novio se cambió enseguida a otro alojamiento.<sup>53</sup>

Machado expresó su euforia amorosa en un bello poema publicado aquel mayo, con otro de tema soriano («Amanecer de otoño»), en *La Lectura*, donde, el mes anterior, había dado a conocer una selección de sesudos «Proverbios y cantares»:<sup>54</sup>

---

\* El poema se publicó en *La Lectura*, Año IX, núm. 105 (septiembre de 1909), pág. 31, y luego pasó a formar parte del titulado «En tren» (CX).

## PASCUA DE RESURRECCIÓN

Mirad: el arco de la vida traza  
el Iris sobre el campo que verdea.  
Buscad vuestros amores, doncellitas,  
donde brota la fuente de la piedra.  
En donde el agua ríe y sueña y pasa  
allí el romance del amor se cuenta.  
¿No han de mirar un día, en vuestros brazos,  
atónitos, el sol de primavera,  
ojos que vienen a la luz cerrados  
y que al partirse de la vida ciegan?  
¿No beberán un día en vuestros senos  
los que mañana labrarán la tierra?  
¡Oh, celebrad este domingo claro,  
madrecitas en flor, vuestras entrañas nuevas!...<sup>55</sup> (CXII)

En 1909 la Pascua de Resurrección se celebró el 11 de abril, con lo cual hay que suponer que el poema refleja el jubiloso estado de ánimo de Machado en los días inmediatamente anteriores a la fiesta del renacimiento cristiano y primaveral. Tras tantos años de caminar solo, desesperado al no encontrar el amor, es por fin la alegría de un abril compartido con la mujer adorada. La resurrección es también la del poeta.

¿Comunicó Machado a Rubén Darío la noticia de su próxima boda? Es posible, dada la amistad que existía entre ellos. Por estas fechas el autor de *Prosas profanas* —desde 1908 ministro plenipotenciario de Nicaragua en Madrid— lee, en la prensa o en algunas cuartillas mandadas por Machado, unas declaraciones suyas sobre la patria (muy afines a las publicadas en Soria el 2 de mayo en el homenaje de la prensa a los héroes de la guerra de la Independencia). Impresionado, Rubén envía a *La Nación* de Buenos Aires un artículo en el cual reproduce trozos del texto, así como seis poemas de *Soledades. Galerías. Otros poemas*. El artículo termina con un elogio que demuestra la gran admiración que a Darío le suscita Machado: «Sabe que nuestras pasajeras horas traen mucho de grave y que las almas superiores tienen íntimas responsabilidades. Así vive su vivir de solitario el catedrático de la vieja Soria. No le martirizan ambiciones. No le muerden rencores. Escribe sus versos en calma. Cree en Dios. De cuando en cuando viene a la corte, da

un vistazo a estas bulliciosas vanidades. Conversa sin gestos, vagamente monacal. Sabe la inutilidad de la violencia y aun la inanidad de la ironía. Fuma. Y ve desvanecerse el humo en el aire». <sup>56</sup>

Entretanto, pasado ya San Juan —que en Soria se festeja con gran fervor en el hermoso paraje de Valonsadero— se va terminando otro año académico. En su primer curso de Lengua Francesa Machado ha tenido nueve alumnos, todos varones. Los exámenes finales se saldan con un sobresaliente con opción a matrícula de honor, tres notables y cinco aprobados. Los ocho alumnos del segundo curso (hay, excepcionalmente para estas fechas, una chica) consiguen tres sobresalientes con opción a matrícula de honor, y cinco aprobados. Machado ya practica la costumbre, que será vitalicia, de no suspender a nadie, puesto que, como sus maestros de la Institución Libre de Enseñanza, aborrece los exámenes y un sistema anticuado que pone demasiado énfasis en la memorización de información a menudo inútil, y muy poco en el desarrollo del individuo. <sup>57</sup>

\* \* \*

El 12 de junio cumple Leonor los 15 años y se inician los trámites para la boda. Trámites que pronto encuentran eco en la prensa local, inevitable en una ciudad tan pequeña como Soria. <sup>58</sup>

El gran día está a dos pasos. El domingo 11 de julio se lee la primera de las tres amonestaciones de los novios, y amigos y familiares se acercan a la casa de los padres de la novia para expresar su felicitación. «Los invitados a la enhorabuena fueron obsequiados con pastas, dulces y licores exquisitos», refiere *Tierra Soriana*. <sup>59</sup>

El 17, Machado, en contra de su práctica habitual, da un recital público de su poesía. Tiene lugar en la Sociedad de Obreros, que preside Pascual Pérez Rioja, director del periódico *Noticiero de Soria*. El poeta-catedrático empieza con una «breve pero muy sustanciosa» charla cuyo tema, según los resúmenes de la prensa local, es «el arte con relación al pueblo». En ella rechaza con firmeza la noción de que hay un arte de minorías y otro para «las masas». Sólo hay uno y es un arte para todos. Terminada la charla recita siete poemas, entre ellos «Retrato», que provoca «grandes aplausos». <sup>60</sup>

El 29 de julio, víspera de la boda, el padre de Leonor, el ex guardia civil Ceferino Izquierdo, y Ana Ruiz, la madrina —que ha llegado desde Madrid, acompañada de su hijo José— firman su con-

sentimiento para el enlace. El padrino de la boda es un tío de la novia, Gregorio Cuevas Acebes, de profesión cirujano-dentista.<sup>61</sup>

Parece ser que, en dicha víspera, tuvo lugar entre Machado e Isidoro Martínez Ruiz, el otro tío de Leonor, el siguiente intercambio. «No olvide usted que mi sobrina es una niña». «Lo sé y no lo olvido», contestaría el poeta. Y es que la diferencia de edad de los novios llamaba la atención, y escandalizaba a más de uno. No sabían, no podían saber, que para el poeta casarse con Leonor era, en parte, recobrar los años que lamentaba no haber vivido, el casi reencuentro con «el hada más joven».<sup>62</sup>

Al día siguiente, a las diez de la mañana, se celebra la boda en la iglesia de Santa María la Mayor, en la Plaza Mayor. La comitiva llega a pie por la principal calle soriana, el Collado. Son unos trescientos metros desde la casa-pensión de los padres de la novia en Estudios, 7. Leonor, según *El Avisador Numantino*, luce «elegantísimo traje de seda negro y magníficas joyas, cubriendo su hermosa cabeza con el clásico velo blanco prendido elegantemente y adornado con un ramo de azahar». Machado va «de rigurosa etiqueta».<sup>63</sup>

Oficia el capellán (y también profesor de Religión del Instituto), Isidro Martínez González.<sup>64</sup> Asisten, además de numerosos amigos y familiares de los novios, el claustro de profesores del Instituto. *Tierra Soriana* refiere que, concluido el acto religioso, todos fueron obsequiados con esplendidez en casa de los padres de la novia (*El Avisador Numantino* añade que el padrino, Gregorio Cuevas, aportó sidra y habanos).<sup>65</sup> Luego refiere, con laconismo, que hubo unos momentos desagradables durante la boda y más tarde:

A propósito de la ceremonia de ayer no nos explicamos todavía la insana curiosidad que en actos semejantes se suele despertar en gentes desocupadas.

Tampoco nos explicamos lo ocurrido anoche en la estación, donde unos cuantos jóvenes ineducados faltaron al respeto debido a todo el mundo y que desdican mucho de la indudable cultura de nuestro pueblo.<sup>66</sup>

El reportaje da a entender que habían entrado en la iglesia gentes maliciosas comidas por el prurito de presenciar el enlace de dos personas de edades tan dispares. Y así fue. ¡Un catedrático de Ins-

tituto de 34 años (cumplidos unos días antes) que se casaba con una muchacha de 15! ¡Un corruptor de menores! Además, para colmo, según Carpintero, un grupo de estudiantes universitarios en vacaciones, «hijos de familias respetables y conocidas», había convertido la ceremonia en «una carnavalada», que luego siguió aquella tarde en la estación con el concurso de otros elementos chulescos. Machado nunca olvidaría aquel martirio, aquella afrenta.<sup>67</sup>

El proyecto de los novios había sido pasar su luna de miel en Barcelona y ver allí a Manuel, quien, huyendo de la vida promiscua que llevaba en Madrid —si hemos de creer lo que le contó a Pérez Ferrero—, estaba disfrutando una temporada en la capital catalana.<sup>68</sup> Pero en Zaragoza se enteran de que, debido a la huelga general que se ha declarado en Barcelona como protesta por el envío de reservistas a África, se ha cortado la comunicación ferroviaria con la misma. Ha comenzado la Semana Trágica, de la cual será testigo presencial el hermano mayor, y en todo el país se ha impuesto la suspensión de garantías. Los novios deciden dirigirse hacia el norte y, según relatará Antonio a Pérez Ferrero, estuvieron en Fuenterrabía tras pasar por Pamplona. Luego bajaron a Madrid.<sup>69</sup>

A principios de julio Ana Ruiz y sus hijos habían abandonado el piso que desde 1896 habitaban en la calle de Fuencarral, número 148, y ahora viven en Corredera Baja de San Pedro, número 20, principal, en el barrio de Colón, a dos pasos de la iglesia de San Antonio de los Portugueses (o de los Alemanes), y con el teatro Lara al otro lado de la calle. Pérez Ferrero señala que la mano de obra de la casa databa del siglo XVIII, y que había una cruz de Malta sobre el portal. Hoy la cruz sigue allí, pero el inmueble, así como el barrio en general, está muy deteriorado.<sup>70</sup>

Entre los amigos del poeta a quien conoce Leonor está Ricardo Calvo, que en estos momentos trabaja en *El gran galeoto*. A Leonor le gusta tanto la famosa obra de Echegaray que, según el testimonio muy posterior del actor, le pide a Machado que la lleve cada noche a verla, y hasta se le ocurre preguntarle, delante de Calvo: «¿Y por qué tú no eres cómico, Antonio?». El actor tuvo la sensación de que Leonor no sabía todavía con quién se había casado. Quizás no deberíamos tomar demasiado en serio la anécdota, referida tantos años después.<sup>71</sup>

Aquel septiembre Machado entrega a *La Lectura* el poema «Soledades». Es la composición en la que —según Heliodoro Carpintero— se había declarado a Leonor. Cabe pensar que lo hace para

complacer a su mujer. Nada sabemos, de todas maneras, de su reacción al verse por primera vez aludida públicamente en la obra de su marido.<sup>72</sup>

De regreso a Soria la pareja se instala con los padres de Leonor en la calle Estudios, donde Isabel Cuevas les ha preparado dos habitaciones: un pequeño dormitorio con cama grande y una mesilla de noche, y un cuarto destinado a despacho de Antonio, con balcón a un jardín donde, en mayo, florecen unas acacias. Hay un gran espejo isabelino, «de elipse perfecta y molduras doradas, un sofá del mismo estilo, con sus dos butacas, tapizados con floreada tela de seda. Y una mesa-ministro de grandes dimensiones, en la que se podía trabajar cómodamente».<sup>73</sup>

Hoy no queda vestigio ni de la casa ni del jardín. El tiempo y acaso la indiferencia de la ciudad han hecho su trabajo.

\* \* \*

Durante el nuevo curso, 1909-1910, el poeta, en comparación con los años previos, manda muy poco a revistas. Tampoco registra la prensa local actividades suyas de índole pública. La razón más probable de tal silencio es que está muy volcado en la elaboración de su obra de orientación castellana, iniciada en 1907 y ahora en plena evolución, como demuestran tanto los manuscritos conservados en Burgos como la publicación en *La Lectura*, en febrero de 1910, de «A orillas del Duero», inspirado, como hemos visto, por su subida a la cumbre de Santa Ana.<sup>74</sup>

Entretanto el poeta está tratando desesperadamente de escaparse con Leonor de Soria, donde no cuesta trabajo imaginar que la hostilidad de los reaccionarios les resulta desagradable. El 17 de marzo de 1910 solicita una beca a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas para estudiar durante un año en París. La carta empieza con un halago muy justificado, ya que la Junta, creada por Real Orden en 1907, está haciendo una contribución señera a la vida intelectual española:

Nunca se encarecerá bastante la importancia y utilidad de este pensionado, muy especialmente para los profesores confinados en estos rincones de España aislados de todo movimiento intelectual y desprovistos casi en absoluto de elementos de cultura.